
Disney
Mis películas favoritas







Disney

Mis películas favoritas









LIBROS Disney

Sumario

Pinocho 5

Blancanieves
y los Siete Enanitos 15

La Cenicienta 23

Buscando a Nemo 33

La Sirenita 41

Cars 51

Up 61

Bolt 71

La Bella y la Bestia 81

Monstruos, S.A. 91

Los Increíbles 103
Peter Pan 115
Alicia en el País
de las Maravillas 125
Robin Hood 135
La Bella Durmiente 147
Merlín el Encantador 159
WALL•E 169
Campanilla 179
Bichos:
una aventura en miniatura 189
La Dama y el Vagabundo 199
Tiana y el sapo 207
Hermano Oso 217

Vaiana 227
Winnie the Pooh 233
Los Increíbles 2 241
Enredados 251
El libro de la Selva 261
El Rey León 271
Frozen 281
Los Aristogatos 291
Coco 299
Aladdín 309
101 Dálmatas 319
Bambi 327
Dumbo 335
Zootrópolis 343

Disney Pinocho





En un pueblecito de Italia, todos dormían a esas horas de la noche menos Geppetto, un viejo escultor. Ante la atenta mirada de Pepito Grillo, se disponía a terminar su último títere: un niño de madera. Tras la última pincelada, se volvió hacia su gato Fígaro y su pez Cleo:

—¿No es adorable? Se llamará Pinocho.

Por fin había llegado la hora de que Geppetto disfrutara de un merecido descanso. Pero, antes de acostarse, se arrodilló junto a la cama y se quedó observando la Estrella Azul, que brillaba en el cielo. Sentado frente a él, sobre el alféizar de la ventana, Fígaro sabía con qué soñaba su buen amo.

Ojalá la Estrella Azul pudiera hacer realidad su deseo...

Antes de dormirse, Geppetto suspiró: «¡Cómo me gustaría que fuera un niño de verdad...!».

En ese instante, una tenue luz inundó el taller. Ataviada con un vestido largo, apareció una hermosa hada con grandes alas azules.

Atónito, Pepito Grillo vio como se acercaba a Pinocho.

—Pequeño títere de madera —dijo mientras posaba su varita mágica sobre la cabeza de Pinocho—, te concedo el don de la vida.

Los hilos que sujetaban al títere se rompieron, se le abrieron los ojos y empezó a mover los brazos y las piernas...

—Cuidado, Pinocho —añadió el Hada Azul—. Para convertirte en un niño de verdad deberás ser muy bueno.

Para que el pequeño títere aprendiera a distinguir el bien del mal, el Hada Azul eligió a Pepito Grillo para que fuera la voz de su conciencia.



Pero lo que Pinocho deseaba, sobre todo, era divertirse. Saltó, bailó, corrió y no dejó de hacer piruetas. Con tanto jaleo, no tardó en despertar a Geppetto, que bajó al taller...

—¡Mi deseo se ha cumplido! Pinocho, ¡estás vivo! —exclamó Geppetto cogiendo al pequeño en brazos—. ¿Cómo es posible? ¡Qué feliz estoy!

En adelante, Pinocho tendría que vivir como un niño de carne y hueso. Y, por supuesto, tendría que empezar por aprender a leer y escribir.

Un día, de camino a la escuela, dos granujas se fijaron en él.

—Mira, Gideón —susurró el más alto—. ¡Fíjate! ¡Un títere sin hilos!

—¡Qué suerte, Honrado Juan!

—¡Ya ves! Se lo venderemos a Strómboli para su teatro de marionetas. ¡Nos haremos ricos!

Enseguida, los dos compinches se acercaron a Pinocho.

—Oye, ¿por qué perder el tiempo yendo a la escuela? —le preguntó el Honrado Juan.

—Ven con nosotros. ¡Tienes cuerpo de artista! Confía en mí: ¡pronto serás famoso en todo el mundo! —le aseguró Gideón.





Y Pinocho decidió seguirlos.

—¡Cielos! ¡Te vas a meter en problemas! ¡Vuelve, Pinocho, vuelve! —le gritó Pepito Grillo.

Pero el títere no obedeció.

Durante todo el día, en el teatro de marionetas, Pinocho se sintió una estrella. No paró de hacer piruetas y volteretas, lo aclamaron y le lanzaron varias monedas de oro.

Pero el malvado Strómboli se apresuró a recogerlas y metérselas en los bolsillos.

Al caer la noche, Strómboli encerró a Pinocho en una jaula, pues temía que se fuera.



El pobre títere tenía miedo. Al comprender, por fin, que había caído en una trampa, se echó a llorar.

Y en ese instante apareció el Hada Azul...

—¿Por qué no has ido a la escuela, Pinocho?

—Quería ir —respondió avergonzado el pequeño—, pero cuando estaba de camino me encontré con un monstruo de ojos verdes.

La mentira era tan grande que la nariz del títere empezó a crecer. Y cuantas más mentiras decía, más le crecía la nariz..., hasta que Pinocho murmuró:

—He mentido pero no volveré a hacerlo. Prometo portarme bien a partir de ahora.

Enternecida, el Hada Azul lo liberó.

Aunque creía haber aprendido la lección, Pinocho no supo mantener sus buenos propósitos. Cuando volvía a casa, los dos compinches lo estaban esperando. Le hablaron de una isla encantada, la Isla de los Juegos...

¿Cómo iba a resistirse Pinocho? ¡Le esperaba una vida de ensueño! Y decidió irse con ellos.

Junto con una banda de gamberros, hizo muchas trastadas, se atiborró de chucherías, dijo un sinfín de tonterías e incluso... ¡muchas burradas!

Cuando Pepito Grillo lo encontró, descubrió un triste espectáculo. Víctimas de una maldición, varias decenas de niños se habían transformado en burros y habían sido embarcados para que trabajaran en la mina.

¡Rápido! ¡Había que avisar a Pinocho!

¡Demasiado tarde! El títere ya tenía cola y orejas de burro.



Pinocho pudo salvarse y volver a casa. Pero al llegar descubrió una triste noticia: Geppetto había salido a buscarlo y había sido devorado por Monstruo, una temible ballena. El pequeño títere y Pepito Grillo se armaron de valor y se hicieron a la mar.

Los dos amigos no tardaron en encontrar a la ballena, que siempre tenía hambre.

Geppetto se moría de aburrimiento en la panza de Monstruo. La ballena había decidido echarse una cabezadita, con los dientes bien apretados: ¡escapar era imposible!

—Si la ballena sigue durmiendo —se quejó—, ¡nos moriremos todos de hambre! No hay peces a la vista, mi pobre Fígaro.

Entonces Monstruo se despertó y empezó a bostezar.

De repente, aspiró un banco de peces y Pinocho se vio arrastrado por la corriente. Por desgracia, Pepito Grillo no tuvo tiempo de seguir a su amigo hacia el interior de la inmensa boca de la ballena.

Pinocho tendría que seguir solo...

¡Qué alegría! ¡Dentro de la ballena se reencontró con Geppetto! El reencuentro fue cálido y emotivo, pero no había tiempo que perder: tenían que encontrar rápidamente la manera de salir de allí.





De repente, Pinocho tuvo una idea:

—Construyamos una balsa para huir y encendamos una hoguera —dijo.

¡Funcionó! La ballena empezó a husmear, toser y revolverse. De golpe, estornudó con tanta fuerza que la pequeña tropa salió volando por los aires. Por desgracia, salieron despedidos con tanta fuerza que la balsa volcó y todos cayeron al agua. Pinocho fue a socorrer a su padre y nadó con todas sus fuerzas para llevarlo a la orilla. Pero, al llegar a la playa, el pequeño títere dejó de moverse... Geppetto se apresuró a trasladarlo casa y lo tumbó, aún inerte, sobre la cama.

Geppetto lloraba frente a Pepito Grillo.



—Mi pequeño —gimoteaba—, me has salvado la vida...

Con la cabeza hundida entre las manos, el pobre hombre no vio la tenue luz azul que empezó a inundar la habitación.

El Hada Azul se disponía a obrar otro milagro... Pinocho abrió los ojos. Y poco a poco empezó a mover las piernas y los brazos. De repente, ¡todo su cuerpo empezó a revolverse!

—¡Papá! —gritó—. Mira, ¡soy un niño de verdad!

¡Geppetto nunca había sido tan feliz! Estaba tan contento que se puso a bailar con su hijo.

Pepito Grillo, conmovido, comprendió que había cumplido su misión y decidió irse de allí, dispuesto a vivir nuevas aventuras...